

La despachadora

Cruzana Echeverri

*De nuevo
Llegaron anoche los muertos.
Quise levantarme para recibirlos.
¡Yo era uno de ellos!*

Manuel Mejía Vallejo

Cómo quisiera que estuvieras acá, para que me ayudaras a ver pequeña esta soledad. Soledad que sale por las ventanas, abre lentamente un ala de la puerta de la calle, simula que alguien llama, se asoma al solar para que algún pájaro asuste su mirada, arrastra las pantuflas de la cama al baño, y me lleva a estas notas para buscarte también en mis recuerdos, en mis palabras. ¡Ay, Tudes! cómo se nos va la vida y con ella la imprudencia de perder tu amistad, que recojo en estas notas, en tu capacidad de escucha, y yo, como siempre, desahogándome contigo.

Te recorro en los distintos momentos de mi vida y de tu querida vida como vecina y amiga de años, nuestra confidente, mía y de mis hermanas, nuestro apoyo moral y material. Cómo nos diste tu oído, tu voz y tu comida para hacer menos dolorosas nuestras pérdidas del alma y nuestra escasez de enseres y nuestro agonizante poder adquisitivo, que se acentuaba con cada uno de nuestros muertos.

Te escribo, en parte, para desahogarme a través del recuerdo sobre mis secretos; algunos, que son los más, ya sabidos por ti. Escribir ayuda a limpiar mi alma dolida y mis nuevos momentos sin tu oído, sin tu

mano amiga, siempre presta a mitigar mis lágrimas. Tudes, tú, mejor que nadie, sabes sobre mi infinito deseo de casarme. La vida con otros es ya un bálsamo. Los viajes que me proporcionó mi hermano a Perú, a México, a España, los gocé, los disfruté... con cada uno de ellos venían vestidos, zapatos, perfumes, todo llegaba nuevo, hasta la gente, sus historias y los sueños. Hoy todo parece estar escarchado en mi memoria, en estas notas, en mi voz de despedidas.

La muerte muy pocas veces avisa el rapto de la vida, pero exige a los vivos cantar el viaje. Despedir el alma del muerto para que no se quede penando, es mi tarea. Yo no sé arreglar cadáveres, pero sí rezarlos. Yo rezo a los difuntos, no los canto. Desde muy joven aprendí las oraciones necesarias para iniciar un velorio y las novenas para despachar los muertos. Es una devoción que me acompañó toda la vida. Siempre asistí a los fallecidos y sus parientes y estuve en las casas donde mi presencia era requerida. Mi familia sirvió al pueblo con dedicación y esmero.

Yo me pegué a la falda de mi mamá, y con ella aprendí a rezar a los muertos, a despachar a las personas para la vida eterna. La muerte es sanadora y las rogativas sirven para abrir el camino, para ayudar a las almas a despedirse de los vivos, para que no se queden como ánimas solas deambulando por los senderos de la noche, como una luz en pena, para “que tengan el descanso eterno, y brille para ellos la luz perpetua”. Yo no limpio ni visto muertos, yo los ayu-

do con unas plegarias. La novena son los días de rogativas, el camino de despedida en el duelo que hacen las familias. Llorar es como una letanía que limpia el alma y el cuerpo. Hay unos muertos que no son de una, pero una los llora como propios. Hay que librar a las almas de las tinieblas, así como de las llamas del purgatorio. Una oración ayuda a los muertos, y aun a los vivos, tanto como una medicina.

Tudes, tú sabes que Teresa cose para la casa y para la gente. Con su taller de costura hace uniformes para los niños de la escuela, mortajas para los muertos y hasta ropas para el luto. Con su máquina de coser, que le ayudaste a comprar, se acomodó en la segunda de las habitaciones en galería. Del gran escaparate de comino crespo son dueños los ganchos con ropa para entregar; las paredes toman la forma de entrepaños con telas y conos de hilos, y sobre la cama no faltan los retazos y costuras. También la cómoda se llena con figurines, agujas y tijeras. Teresa ayuda a ingresar dinero para la familia; con sus horas de trabajo hilvana su vida y, en la noche, rendida, se dobla entre sus trapos y su máquina.

Tudes, hago estos pedazos de historia, llevando esta casa como una tumba en vida. Aquí vivimos seis hermanos, y los que se fueron volvieron para morir en ella. Yo no pensé que me tocara rezar a mi hermano Joaquín. El pobre descansó en paz. Sabes que toda la vida sufrió de eczema, que se mantenía con la cara roja, con escamas en los brazos y en la espalda y por eso se vestía con sombreros y sacones. Casi no se dejaba ver de nadie, incluidas nosotras sus hermanas. Él traía todos los días las vacas y terneros, las ordeñaba, sacaba las postreras, hacía el queso y volvía a llevarlas al potrero, cerca del pueblo. Limpiaba la pesebrera.

Su vida fue alrededor de las vacas y de la leche. No sé si se enamoró. Tuvo una vida de humo, como nosotras. Nadie nos recordará, salvo, tal vez tú, a través de estos despojos de vida. Joaquín se fue de escasos cincuenta años. Se fue muriendo en silencio, sin decir qué le dolía. Se consumió en su propia carne, en sus propios huesos, en su propia piel de escamas. Murió escondido hasta de él mismo. No nos dimos cuenta de que se estaba muriendo. Descansó de una vez por todas, de su eczema y su soledad, huido de nosotros sus hermanos, murió junto a sus vacas. Una tarde se quedó dormido sobre el verde pasto, cobijado por un sol enerve.

Tudes, ¿te acuerdas del ruido que causó en el pueblo lo de Elisa, quien nació muda, pero habló de susto? Vivíamos en el campo, éramos niñas, estábamos cogiendo moras entre la cerca del monte y el potrero recién abierto; empezamos a escuchar un gruñido que se acercaba y sonaba cada vez más fuerte y, de pronto, salió de allá un gigante que bramaba como un toro, venía vestido con un hábito en tela de cabuya cruda. Todas corrimos a refugiarnos en la casa, mientras él corría detrás de nosotras... Es muy triste que los niños se rieran de su tartamudez y la llamaran "Tataratata" porque todo lo hablaba con la T. También se fue apagando su vida. Su tartamudez se fue con ella. Ordenó la cocina; era ya tarde, se retiró a su cuarto para hacer una siesta y se quedó dormida. Estuvimos solas Malena, Teresa y yo, fue una novena de nosotras. Chepe no era hombre de rezar; él decía que los rosarios, rezos y el cielo, son asuntos de mujeres, pero consiguió quién llevara el féretro a la iglesia y luego al cementerio.

Tudes, yo despedí a todos mis hermanos y también a mis vecinos cabezas de familia. Dicen que no espero nada de nadie, que



a la única que espero es a la muerte, pero ella nada que viene por mí. ¿Será porque la acompaño en todo repicar de difuntos, que ella viene por otros, y me espera que les rece sus jaculatorias con fe? Yo creo que le gusta mi voz y mis ritos de despedida. “Hola”, le he dicho en noches de soledad y de frío, pero no viene por mí y sigue de largo, y se mete en los cuartos de mis hermanos... así fue al principio, y después se fue fijando en las casas de los vecinos. Se llevó a Matilde Calle, a las Arcila, a José Echeverri, a Pedro Pablo Osorio, a Betsabé Ochoa, a Eva Salazar; en fin, fue recogiendo como en cosecha de café a toda la gente, y me dejó huérfana hasta de vecinos. Se los llevó uno tras otro, en un afán sin nombre y sin pena. En la casa de las “españolas” sólo pude rezar durante el velorio; no hicieron novenas, pusieron música de iglesia. Tal vez se escucharía mejor en el cielo.

La muerte iba cogiendo a unos en su oficio, a otros en la cama, en la calle, en el campo; así se los fue llevando. A mí me ha puesto en espera. Tal vez como yo camino por mi casa y por todo el pueblo, entregando jacu-

latorias y letanías para los muertos, la parca no me ha encontrado. La muerte me puede alcanzar rezando. Yo digo que voy detrás de ella, y ella me juega a esconderse.

Le pregunto a la gente: “¿por quién doblan las campanas?”. Voy adonde me dicen, ya sea pobre, rico, calle arriba, calle abajo, voy al velorio, acompaño el entierro, asisto a las novenas, y, sin embargo, la muerte no me sale ni en el camino de los muertos.

La muerte es terapeuta; con ella el dolor se va por las carnes sufridas, por las vidas padecidas, por las tormentas de amor, por los odios escondidos; ella sana y borra heridas en lamentos y llantos y sobre muertos y ataúdes. Es sanadora en largas agonías, en lúgubres situaciones, en solitarias vidas. También es dolorosa cuando deja huérfanos y fortunas acosadas en rencores de familia...

Yo me acuesto en el silencio y la oscuridad de la noche y siento el placer de estar muerta. Una paz de eternidad me llega a todo el cuerpo, siento la delicia de no ser más la carne y los huesos que soy, la piel que me

cubre, y cargo un aliento, un aire, un respirar quedo, silencioso, lento... Disfruto el vaho de la muerte. Yo no le tengo miedo a la muerte, sino a una larga agonía. Yo llevo una vida de recogimiento al servicio de las almas. Rezo con sentimiento y devoción para ayudar a las ánimas en el momento del juicio, en el tránsito hacia el más allá. "Líbralos Señor del purgatorio", "Dales Señor el descanso eterno y que brille para ellos la luz perpetua". ¡Qué más quiere uno que el descanso eterno! Hay personas que viven como ánimas en pena y uno cree entonces que el infierno está en la tierra y lo purgamos aquí.

Yo llamo a la muerte, que venga por mí, que ya es mi hora, pero ella debe andar muy ocupada, buscando otras gentes, dándoles citas a otras personas. "Este hombre clamó, y lo oyó Jehová, / y lo libró de todas sus angustias", así reza el salmo 34: 6. Entiende uno cómo la muerte alivia por fin los males de la vida.

Hola, Tudes, han pasado varios días, y vuelvo sobre este cuaderno. Hace algunas semanas enterramos a Teresa. Fue muy triste. Agachó su cabeza sobre la máquina Singer, se quedó sentada en su silla y no despertó más. Después de la novena, las vecinas vinieron a reclamar costuras y telas, se cargaron hasta los hilos y las tijeras. ¡Qué dolor!, yo que acompañé tantos velorios y novenas, y Teresa cosió para mil apuros de la gente y, mira, sólo estuvimos Malena, las vecinas Restrepo y yo en su velorio. La parroquia envió a cuatro señores de oficio para cargar el féretro. El pueblo andaba de carnaval y nosotras de tristeza. Mientras bajábamos con el ataúd, subía una cuadrilla de locos caballistas, bebidos, gritando y celebrando su parranda de charros, su música de cantina. Ninguno tuvo la decencia de re-

coger al grupo de borrachos y hacerlos esperar, para que pasara la muerte vestida de urna y pesadumbre. Sobre la acera, como espectador desamparado, estuvo el féretro viendo cruzar el tropel del dinero nuevo.

Durante el velorio de mi hermano Chepe, en voz baja se corría la voz de "que en costales entraba por la puerta de la pesebrera mujeres de vida fácil". Escuché lo mismo durante la novena; hacían los comentarios acompañados de risas y algunos, tan imprudentes, hasta preguntaban por el cuarto de mi hermano y decían: "con razón, qué se iban a enterar ustedes de las cosas que ahí pasaban, un cuarto con entrada por la pesebrera y distante de todos...".

Esto de cargar mujeres no lo imaginábamos; él traía sus costales de zapatos y se quedaba hasta tarde organizando por pares y contando cajas. Salía en la mañana, temprano, a llevar su costal antes de abrir el negocio. Le llevábamos el desayuno al almacén. Así es la vida y también la muerte. Yo rezo por él; fue tan buen hijo y hermano, que lo puedo sacar del purgatorio con rogativas y rosarios. Se murió de un infarto mientras hacía una siesta acostado en un petate en la trastienda del almacén; lo vino a contar una joven que lo encontró.

Asistí a la novena del médico Suárez, quien se suicidó. Es que uno también se puede cansar de vivir; hay gente que se aburre y se va. Yo no le niego oraciones a nadie; todos necesitan su despedida y luz para el camino del alma que vive en pena y, de tristeza o de preocupación o desesperación, se va. Todos necesitan una plegaria. El dueño de los juicios es el Padre Eterno.

Tudes, hoy vuelvo sobre mi recuerdo más triste de infancia. Éramos niñas, vivíamos

en el campo. Malena y yo fuimos brutalmente esculcadas por aquel hombre, vecino de nuestra finca, un señorón del pueblo que nos cargó para ayudarnos a pasar un riachuelo crecido. Metió sus dedos dentro de nosotras, por debajo, por el medio, por detrás y nos apretó junto a su cuerpo, yo gritaba ¡no!, ¡no!, y desde el otro lado del caño le hice señas a mi hermana, para que no se dejara pasar, pero ella no entendió nada. Lloramos desamparadas. Mi madre nos castigó y luego dijo que teníamos que guardar este silencio, porque eso nos desgraciaba para toda la vida. Si se sabía, nadie nos iba a querer nunca. Esa pena es una muerte en vida. Por eso digo somos humo, una nube de humo que pasa. Que se ve por un tiempo y nadie vuelve sobre ella. Se la lleva el viento. Desaparece en el aire, se esfuma. Con los años me desahugué contigo y tú me diste un abrazo que no se me va del alma; me ayudaste a descargar este baúl de culpa, de dolor, de miedo, de fatiga...

Malena enviudó. Regresó a nuestra casa con su pensión de maestra. Llegó para acompañar la vida que se apagaba entre los cuartos, la cocina, el patio y las ventanas de madera, por donde se asomaban las alumnas que habían aprendido de ella las primeras letras, las primeras rondas, las canciones que cantan los patios de la escuela. Tuvo una agonía lenta, urgida de asistencia, molida, hambrienta, inmerecida. ¡Que en paz descanse mi hermana, maestra de infancias, de abecedarios y de historias!

Tudes, de todos mis encantamientos realmente me enamoré dos veces hasta querer morir. Bernardo fue un pretendiente medianamente constante. Creo que la quinta vez fue la última visita; es que desde Cartago a este pueblo siempre hay camino. ¿Se cansó del viaje? ¿de mis miedos? Sobre Manuel,

mi Manolo, a quienes ustedes mis vecinas llamaban Manolete, ¿te acuerdas de su porte de torero? Tenía dinero y muy buen trato, era galante, regalador, sociable. Durante casi dos años viajó desde Betania a hacerme la visita, muy cumplido, cada ocho días y, de pronto, no volvió. Yo pensaba: ¿cómo le cuento mi culpa de niña? ¡mi secreto! ¡mi roto! ¡mi herida! Yo me morí de amor, todo se murió en mí. Algunas veces pienso que la muerte ya me hace muerta, y no viene por lo que queda de mí.

Tudes, estas letras son un grito en el silencio de la vida, en la soledad de la muerte. Te llamo y no respondes a mi golpe. ¿Será que también tú adelantaste el viaje? Me falta para ti la plegaria de mi agradecimiento por la amistad de vecinas que fuimos y perdimos algún día. Hoy voy por los corredores de esta casa, las alcobas en galería, la pesebrera... y de tanto ir y venir en este sordo silencio no sé si ya estoy muerta, y rezo mis oraciones de despedida por si me he quedado como fantasma, porque nadie despidió mi vida. “Aunque ande en el valle de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento”. Me repito con frecuencia este pasaje del Salmo 23.

Desde el alma, Sofía.

Cruzana Echeverri Restrepo es Licenciada en Educación, Socióloga y doctora en Ciencias Pedagógicas. “Con nueve hermanos aprendí a escuchar un mundo familiar, voces que venían con espantos de ultratumba, por donde asomaban indios de agua, de oros y de tierras, tambores que pedían libertad de negros, criollos que sembraban la tierra y mujeres que hacían el presente para cosechar el futuro”.